

gando por largo tiempo los desórdenes de aquel país, como veremos en el capítulo siguiente. (22)

CAPITULO III.

LEVANTAMIENTO DE FRANCISCO HERNÁNDEZ GIRÓN.—
LA AUDIENCIA REUNE FUERZAS.—MOVIMIENTOS DE
AMBOS EJÉRCITOS.—DERROTA DE VILLACURI.—BA-
TALLA DE CHUQUINGA.—RETIRADA DE HERNÁNDEZ.
—ACCIÓN DE PUCARA.—FUGA DE HERNÁNDEZ.—
ES PRESO Y AJUSTICIADO.

1553-1554.

Mientras pasaban en la provincia de Charcas los sucesos referidos en el capítulo anterior, no cesaba la Audiencia de procurar por todos los medios posibles que se pusieran en ejecución las órdenes del gobierno de la metrópoli. Ibalo consiguiendo poco á poco, y cada reforma que lograba introducir le daba ánimo para intentar otra nueva. En todas partes solían ser mal recibidas

[22] Herrera, Hist. General, dec. 8, lib. 7, cap. 5-11.—Fernández, Hist. del Perú, parte 2, lib. 2, 14-23.—Garcilaso, Com. Real, parte 2, lib. 6, cap. 22-93.—Calancha, Crónica, lib. 1, cap. 29.—Pedro Pizarro, Descub. y Conq. p. 381

sus disposiciones; pero las gentes estaban ya cansadas de revueltas, y preferían sujetarse á las órdenes del gobierno, por gravosas que fuesen, antes que apelar á una revolución, porque sobre ser muy dudoso su éxito, era probable, que según lo enseñaba la experiencia, les causaría mayores daños que los que se trataba de remediar con ella. Así pensaban los propietarios ó *vecinos*; pero los *soldados*, aunque en realidad nada tenían que ver con las medidas de la Audiencia, porque éstas en su mayor parte eran relativas al uso de los *repartimientos*, y ellos no los tenían, sin embargo se mostraban muy quejosos y ofrecían sus servicios á los *vecinos* para libertarlos de la opresión del gobierno. Casi todos estos aventureros habían ido á refugiarse al Cuzco, y la capital de los Incas volvió á ser, como lo había sido antes, el foco de las revoluciones.

La Audiencia había manifestado ya su resolución de no oír á nadie que tomase la voz del común, sino en particular al que se creyere agraviado. Tratóse en vista de eso en el Cuzco y las otras ciudades de aquel rumbo, de celebrar por medio de sus procuradores una junta general para nombrar entre todas una persona que fuese á Castilla encargada de presentar sus quejas a

Consejo de Indias. Tan luego como esta resolución llegó á noticia de los oidores, trataron de estorbar la reunión de los comisionados, temiendo que sirviese de pretexto para una revolución, y lo consiguieron, porque la junta jamás llegó á verificarse.

Los vecinos de la ciudad del Cuzco, sin embargo, habían dado ya poder á Francisco Hernández Girón y á otro individuo para que los representasen en aquel negocio. Sucedió en ese mismo tiempo que los oidores prohibieron el que se hiciesen contratos entre los Indios y sus encomenderos, y con este motivo fué una comisión de los habitantes, presidida por Hernández, á presentar al corregidor una representación contra esta providencia. Recibióla el corregidor, que lo era Gil Ramírez Dávalos, y la hizo pedazos, lo cual tomaron por una grave afrenta los que la habían presentado. (1)

Hablábase ya públicamente en el Cuzco de acudir á las armas para oponerse á las órdenes de la audiencia; pero nadie quería tomar la empresa á su cargo, hasta que un incidente vino á precipitar la revolución.

(1) «Cosa, que le pareció mui aspera, i mostró afrentarse tanto, que muchos conocieron que fué principio de lo que hizo despues.» Herrera Hist. General, dec. 8, lib. 8 cap. 11.

Recibióse en la ciudad una carta, en que se referían los severos castigos que el Mariscal Alvarado hacía en Charcas, y se añadía que pensaba pasar al Cuzco á continuarlos. (2) Decíase también que el mismo Alvarado hacía algunas preguntas relativas á Francisco Hernández Girón y á otros habitantes del Cuzco, como si quisiese ir acopiando datos para sus procesos. Tales avisos sobresaltaron á todos los que no se hallaban con la conciencia limpia; pero á nadie tanto como á Hernández, quien á la verdad no se asustaba sin motivo. Aprovecharon aquella coyuntura los revoltosos para incitarle á tomar las armas; pero él vacilaba, y sólo cedió cuando le dijeron que el corregidor Dávalos tenía ya orden de Alvarado para prenderle y ajusticiarle. Esto no era cierto; mas como Hernández se aguardaba una cosa semejante, no se detuvo en creerlo.

Tomada ya la determinación sólo faltaba buscar el mejor medio de llevarla á efecto. No tardó mucho en presentarse una ocasión. Celebrábanse en el Cuzco el 12 de Noviembre de 1553 unas bodas muy solem-

(2) «Que el Mariscal dezia; que en Potosí se cortauan las ramas; empero, que en el Cuzco se destroncarian las rayzes; y dello auia venido carta al Cuzco.» Fernández, Hist. del Perú, Parte 2, lib. 2, cap. 24.

nes de un caballero noble llamado Alonso de Loaisa, sobrino del arzobispo de Lima, y después de haber empleado el día en fiestas y regocijos se sirvió en la noche una espléndida cena al corregidor y á las personas más notables de la ciudad. Reinaba la mayor alegría entre los convidados y ya se estaban sirviendo los últimos platos cuando repentinamente se abrió la puerta de la sala y apareció en ella Francisco Hernández, embozado en su capa y con su espada en la mano. Asustados los que se hallaban en la mesa al ver semejante aparición, dejaron todos sus asientos. Hernández les gritó que se estuviesen quietos y no temiesen; (3) pero sin atender á sus razones cada uno trató de escaparse por la puerta más inmediata. El corregidor Dávalos con algunos más se refugió en otra sala donde cenaban las señoras, y otros convidados salieron á los corrales y habiendo hallado por fortuna una escalera de mano, treparon por los tejados y lograron salir sin novedad á la calle.

Tras de Francisco Hernández entraron los demás conjurados, todos armados, é in-

(3) "No se alboroten vuestras mercedes, estense quedos: que esto por todos va: y yo no quiero mas que prender al corregidor y tomar los papeles que tiene." Fernández, Hist. del Perú, Parte 2, lib. 2, cap. 24.

mediatamente asesinaron á un caballero nombrado Palomino, con quien Hernández estaba resentido y á otro convidado que intentó apagar las luces tirando de los manteles; mas tuvo la desgracia de que habiendo caído todas quedase una sola encendida. Buscaban los conjurados con mucho empeño al corregidor, porque no le vieron escaparse. Pero no faltó quien le avisara que estaba en la sala de las señoras, é inmediatamente se encaminaron á ella. Rompieron la primera puerta de dos que impedían el paso, y ya iban á hacer lo mismo con la segunda cuando los que estaban encerrados ofrecieron abrir, si Hernández daba palabra de no hacer daño alguno á Ramírez Dávalos. Prometiéndolo así Hernández, se abrió la puerta, y el corregidor fué preso sin molestar para nada á las demás personas que estaban en la sala. Pudo Dávalos haber huído con los que escaparon por los tejados y aun ellos le convidaron á fugarse; pero se hallaba tan amedrentado que no se resolvió á salir de su escondite. Girón cumplió su palabra: á los pocos días le hizo sacar de la ciudad y á corta distancia de ella le dejó libre para que se fuese á Lima. (4)

[4] Fernández, Hist del Perú. Parte 2, lib 2, cap, 24. Herrera

Los conjurados lograron completamente su sorpresa, y aunque apenas serían cuarenta, no hubo en aquella populosa ciudad quien pensase en resistirles. Hernández no cometió ningún género de violencia contra los vecinos, antes por el contrario trató de persuadirlos con buenas razones á que abrazasen su causa; pero tuvieron poco fruto sus instancias. No obraba de la misma manera su teniente el licenciado Diego de Alvarado, (5) hombre sanguinario que parece se había propuesto imitar al famoso Francisco Carbajal en lo cruel, ya que no le era dado igualarse en la pericia militar. Hacía ajusticiar por las más ligeras sospechas á cuantos caían en sus manos, y aun dicen que constantemente tenía el verdugo á su lado para amedrentar á sus enemigos. (6)

Bien conocía Hernández que aunque el número de los descontentos era muy grande, el del que siguiesen las banderas del rey no había de ser despreciable, y por lo

Hist. General dec. 8, lib. 8, cap. 11—14—Pedro Pizarro, Descub. y Conq., p. 331—Garcilaso, Com. Real, Parte 2, lib. 7, cap. 2-3.— Este último autor presencié en el Cuzco todos los sucesos de la sublevación de Hernández: se hallaba junto al corregidor cuando aquel entró en la sala, y escapó por los tejados en compañía de su padre.

[5] No debe confundirse este licenciado Diego de Alvarado con otros individuos del mismo nombre que hubo en el Perú, ni con el Mariscal Alonso de Alvarado, que habremos de nombrar muchas veces.

[6] «Su Maese de Campo llevaba siempre consigo Verdugo Cabestro i Garrote» Herrera Hist. General, dec. 8, lib. 8, cap. 11.

mismo trató de hacer sus preparativos como para una campaña próxima. Reunió en el Cuzco cuanta gente pudo encontrar, envió partidas á las otras ciudades con el mismo objeto, y aun se valió de otros arbitrios menos honrosos, tales como soltar y amarrar los presos de las cárceles. (7) Para hacerse de dinero se apoderó de los fondos de la tésorería real, que según parece no eran muy abundantes. (8)

Importábale luego dar una apariencia de justicia á su causa, para disipar los escrúpulos de aquellos que en el corazón eran partidarios suyos; pero no se atrevían á manifestarse abiertamente por no incurrir en la nota de desleales. A este fin convocó al ayuntamiento del Cuzco y á las personas más principales, y les exigió que le nombrasen justicia mayor y procurador general, no sólo de la ciudad, sino de toda la colonia. Sea porque realmente estuviesen conformes, ó porque no hay muchos que se atrevan á contradecir á un caudillo victorioso en la hora de su triunfo, no consta que ningún individuo de aquella asamblea se opusiere á tan exajeradas pretensiones.

[7] Garcilaso, Com. Real, Parte 2, lib. 7, cap. 3.

[8] «Descerrajó la caja de las tres llaves de la Real hacienda y sacó della doze mil y seyscientos pesos: que en ella auia» Fernández, Hist. del Perú, Parte 2, lib. 2, cap. 25.

Fuéle, pues, concedido cuanto pidió, y la ciudad del Cuzco le dió un amplio poder, precedido de un larguísimo preámbulo en que recapitulaba todos los agravios recibidos y manifestaba la ineficacia de las súplicas hechas para su remedio. Era, en suma, lo que hoy se llama un manifiesto á la nación.

Provisto Hernández de este documento lo hizo circular inmediatamente enviando copias de él, acompañadas de cartas, á diversas ciudades y á muchos amigos que tenía en todo el país. Decía en las cartas que había entrado en aquella empresa por el bien general y que no peleaba contra el rey, sino contra los oidores, cuya tiranía era insufrible y había de reducir el país á la miseria; instaba al mismo tiempo á todos á que tomasen parte en la revolución, mezclando de paso algunas amenazas contra los que no lo hicieran. Muchas de aquellas cartas no pruduieron ningún efecto; pero otras no fueron desatendidas, y las ciudades de Arequipa y Guamanga se declararon por Hernández, no sin alguna contradicción entre sus vecinos. Escribió igualmente á uno de los oidores, dándole parte de la resolución que había tomado, echándole en cara la opresión en que la Audiencia tenía á los colonos, y haciendo á esta res-

ponsable de la sangre que se derramase en la próxima contienda. (9)

La nueva de lo ocurrido en el Cuzco llegó á la ciudad de Lima mucho antes que la carta de Girón y aunque al principio rehusaban darle crédito los oidores, se confirmó por otros avisos recibidos después. Conocieron entonces que ya no se trataba de uno de aquellos motines de la soldadesca que se aplacaban con cortar algunas cabezas, sino de una revolución ó alzamiento mejor organizado, que acaso pudiera tener extensas ramificaciones. Comenzaron por lo mismo á coleccionar gente y á nombrar los oficiales que debían mandarla. Se ordenó al Mariscal Alvarado que en su provincia levantase gente, cuyo mando se le dió, y un capitán de confianza fué escogido para encargarse de la flota que se hallaba en el puerto del Callao, con el fin de evitar que los buques cayesen en poder del enemigo, así como también para impedir el que recibiera por mar ningún socorro. Escribieron además á las ciudades, como lo había hecho Girón, exhortándolos á permanecer fieles, y á auxiliar en cuanto pudieran la causa real.

Restaba hacer el nombramiento de la

(9) Trae esta carta con otras varias Fernández en el cap. 27. lib 2, Parte 2 de su Hist. del Perú,

persona que había de tomar el mando de las fuerzas reunidas en Lima; mas por desgracia había entre los individuos de la Audiencia las rivalidades y diferencias tan comunes en esta clase de corporaciones. Tres eran los pretendientes á aquel empleo: el arzobispo de Lima, y los oidores Santillán y Saravia. Causa extrañeza que, á pesar de su carácter sagrado, aspirase el primero á un puesto militar, sin que le valiese en esta vez la excusa que á otros de su clase había favorecido, de ser una guerra contra infieles. (10) El oidor Santillán le disputaba el puesto, y el otro oidor Saravia, aunque no deseaba alcanzarlo, hacía valer sus pretensiones para quitar partidarios al arzobispo y lograr que fuese elegido Santillán. Perdióse el mejor tiempo en estas miserables rencillas, y aun fué más perjudicial el arbitrio que discurrieron para terminarlas. Viendo que ninguno de los dos competidores principales cedía el campo, se decidió que ambos fuesen nombrados para que obrasen de acuerdo. ¿Podría esperarse esto de los que no habían tenido generosidad suficiente para sacrificar su

(10) «La causa que incitase á un religioso de la orden de los Predicadores, y Arzobispo de la Iglesia de Dios á pretender ser capitán general de vn exercito de Christianos para hazer guerra á otros Christianos: no se supo.» Garcilaso, Com. Real, Parte 2, lib. 7, cap. 7.

ambición al bien de los pueblos que gobernaban? Los electores, que eran los dos oidores restantes Mercado y Altamirano, con algunos de los sujetos principales de la ciudad, encargaron mucho á los nombrados que con su buena armonía y eficacia en el cumplimiento de su deber evitasen los daños que se temían de aquel doble nombramiento. Pablo de Meneses estaba ya elegido de antemano para segundo jefe ó maestro de campo.

El Mariscal Alonso de Alvarado supo antes que la Audiencia la rebelión de Hernández, como era natural por la menor distancia. Se hallaba ocupado aún en castigar á los culpados en el asesinato de Hinojosa; pero conociendo cuánto importaba la prontitud, no aguardó órdenes de los oidores para comenzar á levantar gente y á fabricar armas, á fin de sofocar la nueva revolución que se presentaba más seria que las anteriores. Para quedar más expedito concluyó las causas que todavía estaban por sentenciar, conmutando en penas pecuniarías los castigos que merecían los reos (11). Principiaba el año de 1554 cuando Fran-

[11] Garcilaso, Com. Real, parte 2, lib. 7, cap. 3-7.— Herrera, Historia General, dec. 8; lib. 8, cap. 13; lib. 9, cap. 1-18.— Fernández, Historia del Perú, parte 2, lib. 2, cap. 25-33.

cisco Hernández Girón resolvió al fin salir del Cuzco para encaminarse á Lima. Tendría en sus filas unos quinientos hombres, y contaba con ir recogiendo algunos refuerzos por el camino.

Cuidó de no llevar consigo ninguna gente forzada, y no obligó á seguirle á los que quisieron quedarse en la ciudad. Acaso recordaría lo fatal que había sido á Gonzalo Pizarro el no haber escuchado los consejos que Carbajal le dió sobre este punto; mas esta precaución no fué suficiente para impedir que en el curso de la campaña cada día se desertasen algunos soldados; bien que esta pérdida la reparaba con los realistas que se pasaban á su bando con igual frecuencia. Bastaba que se avistasen los dos ejércitos y se trabase la más ligera escaramuza, para que pasasen de un partido á otro multitud de soldados, y solían unos mismos repetir varias veces esta operación. La desertión era más considerable en el ejército que sufría un revés por insignificante que fuese; porque no había entusiasmo por ninguna de las dos causas y sólo se abrazaba el partido que tenía más probabilidad de triunfo.

Salido Hernández del Cuzco, se dirigió á Guamanga y en el camino encontró las avanzadas del ejército real que venían á

reconocerle. Dos ó tres realistas se pasaron á sus filas, y de ellos hubo todas las noticias que necesitaba sobre la fuerza, posición, y demás circunstancias del que él llamaba ejército de los oidores; porque Hernández nunca quiso darle otro nombre, ni reconocer autoridad real en la Audiencia. Su objeto no era, según decía, el hacer armas contra su soberano, sino el libertar al país del mal gobierno de la Audiencia, impidiendo que los colonos se viesan reducidos á la miseria. Por eso el lema que llevaba en sus banderas eran estas palabras: "Comerán los pobres y se hartarán." (12)

En Guamanga vino á reunirse con Hernández su teniente Vázquez, trayéndole alguna más gente, y juntos ambos resolvieron continuar su marcha á Lima, aprovechando las noticias que habían recibido de los desertores del ejército real. Pasó Hernández por Jauja, y llegó al valle de Pachacamac, tan famoso por el ídolo á que debía su nombre, y que sólo distaba cuatro leguas de Lima. En el camino tuvo algunos encuentros de poca importancia con las partidas sueltas de los realistas, llevando éstos la mejor parte en unas y la peor en otras, como suele suceder en esta clase de guerra.

[12] Hernández, Hist. del Perú, Parte 2, lib. 2, cap. 32.

El ejército real había salido en el entretanto de la ciudad de Lima, para acampar á una corta distancia de ella, variando de posición según venían las noticias del enemigo; pero sin apartarse nunca mucho de la ciudad. Su fuerza ascendería á unos mil trescientos hombres, siendo los trescientos de á caballo. Casi la mitad de los de á pie tenían armas de fuego. Con esta fuerza bastaba para hacer frente á la que traía Hernández; pero era tal el desconcierto entre los que mandaban, que nadie sabía á quién obedecer, ni los oficiales acertaban á cumplir la multitud de órdenes contradictorias que recibían en breve espacio de tiempo.

Asustada la Audiencia de ver el mal aspecto que iba tomando la tempestad que había levantado con su imprudente conducta, quiso, aunque tarde, apartar el pretexto de que se valían los revolucionarios. Ya no sólo permitió que las ciudades nombrasen procuradores para presentar sus quejas al rey, sino que les instó para que procediesen al nombramiento, ofreciendo que en el entretanto suspendería por dos años la ejecución de las ordenanzas. Lástima era que estas concesiones se hiciesen á la fuerza y no á la razón. Por lo mismo no produjeron el efecto que se deseaba, y sólo

la ciudad de Lima nombró dos procuradores que se embarcaron para España.

Hallábanse ya tan cerca ambos ejércitos, que los encuentros entre las avanzadas eran muy frecuentes; pero ninguno se resolvía á presentar una batalla. Pensó Hernández en valerse de un ardid para sorprender de noche el campo real, y lo habría puesto en práctica á no haberse pasado al enemigo en aquellos mismos días uno de sus principales oficiales llamado Silva, que era sabedor de su proyecto, y no podía dudarse que lo había publicado. En la misma noche que Hernández señalaba para la sorpresa, se le desertó un gran número de soldados y otros tantos hicieron lo mismo al día siguiente. (13)

Notando Francisco Hernández esta deserción, y no hallándose con bastante fuerza para acometer al ejército contrario, no quiso que le aconteciese lo mismo que á Pizarro en Xaquixaguana, siendo vencido sin haber peleado. Levantó inmediatamente su campo para volverse hacia el Cuzco, esperando que sus soldados pelearían de mejor gana contra el Mariscal Alvarado

(13) «Y aquella noche se vinieron al campo de S. M. más de cincuenta hombres de los que traía Francisco Hernández; y por esta causa el Francisco Hernández no osó dar batalla y se retiró la costa en la mano, quedándose cada día mucha gente y viniéndose al campo de S. M.» Pedro Pizarro, Descub. y Conq, pag. 383.

que contra los oidores, á causa del mucho odio que aquel se había acarreado en toda la provincia por el rigor excesivo que usó en el castigo de los revoltosos. Una vez derrotado el Mariscal los vencidos engrosarían sus filas, y con el prestigio que da una victoria le acudiría gente de todas partes, al mismo tiempo que los realistas perderían el ánimo, y muchos abandonarían sus banderas. Al tiempo de partir cuentan que llamó á sus tropas y les dijo: que los que no quisiesen continuar sirviendo en su ejército, quedaban en libertad de retirarse. Grave fué el riesgo que corrió de quedarse sin un hombre, porque fueron muchos los que se aprovecharon del permiso. Con sus fuerzas tan disminuidas, como si hubiese sostenido la más reñida batalla, emprendió la retirada al Cuzco, con tanta precipitación que dejó el campo regado de despojos de todas clases: mas tan luego como llegó á noticia de los realistas acudieron á aprovecharse de ellos, recogiendo de esta manera todos los frutos de una victoria, sin correr los riesgos de una batalla.

No hay cosa mejor para dar ánimo al enemigo que volverle las espaldas. Apenas se supo en el ejército de los oidores que Hernández iba de retirada, determinaron perseguirle; cuando antes teniéndolo á la vista

no habían osado acometerle. Mandó al efecto la Audiencia que fuese en busca suya el maestre de campo Meneses con seiscientos hombres; pero los generales se opusieron y le ordenaron que sólo llevase ciento. Esto ocasionó graves disputas, y al cabo se puso Meneses en marcha con poco más de cien hombres, muy disgustado por la falta de armonía que reinaba entre las cabezas del ejército.

Siguiendo este capitán las huellas de Hernández, supo que se hallaba en el valle de Ica, á unas cuarenta leguas de Lima. Encaminóse hacia aquel sitio pensando tomar al enemigo de sorpresa; pero hallándose ya muy cerca de él tuvo necesidad de buscar un poco de grano para sus caballos. Ofrecióse á traerlo un soldado desertor de Hernández, y le dejaron ir con algunos Indios. Pero el soldado aprovechó aquella ocasión para volver á sus antiguas banderas, y dió puntual noticia á Girón de las fuerzas que llevaba Meneses y de su designio de sorprenderle aquella misma noche.

Cuando el jefe de los realistas vió volver á los Indios sin el soldado que salió con ellos, conoció que era preciso renunciar á su proyecto porque ya el enemigo estaría avisado y prevenido. Le era por otro lado imposible hacer frente á Hernández con sus

escasas fuerzas, si no era logrando la ventaja de una sorpresa, lo que ya no podía esperar, y por lo mismo resolvió emprender la retirada. Dejó atrás á un oficial con dos ó tres soldados de los que mejores caballos tenían, para que observasen los movimientos del enemigo, y le avisasen lo que fuera ocurriendo. Tomada esta precaución, se retiró del valle de Ica, dirigiéndose á un pueblo distante unas cinco ó seis leguas, llamado Villacuri.

Las centinelas avanzadas subieron á un cerro para registrar el valle; pero á causa de la mucha arboleda que en él había, no pudieron descubrir á los enemigos, que avisados por un Indio que acertó á pasar, venían en busca suya. Los realistas ocupados en mirar á lo lejos, no advirtieron que los rebeldes, ocultándose entre los árboles, les iban á cortar la retirada. Apenas lo notaron, pusieron espuelas á los caballos; pero ya era tarde, y sólo uno logró escaparse quedando prisionero los demás.

Hernández supo por los presos el lugar en que se hallaba su contrario, y marchó al punto á encontrarle, esperando sorprenderle, como había sorprendido á sus avanzadas. Caminó toda la noche, y á no haber sido porque perdió el camino y hubo de aguardar á que amaneciese para hallarlo,

hubiera logrado su intento, porque Menezes se hallaba en Villacuri muy desprevenido y sin centinelas, fiado en las avanzadas que dejó. Cuando recibió aviso de que el enemigo se acercaba ya lo tenía encima, y aunque sostuvieron algún rato los realistas el combate contra el primer cuerpo de los enemigos, así que llegó el grueso del ejército no pudieron resistir á fuerzas tan superiores y se pusieron en precipitada fuga, arrojando cuanto pudiera estorbarla. Más de tres leguas duró el alcance, aunque sin grave pérdida para el ejército real. Mayor la tuvo Girón á pesar de su victoria, porque muchos de los suyos aprovechando la confusión se pasaron al enemigo; de manera que cuando los realistas trataron de averiguar la pérdida que habían sufrido, hallaron que el número de su gente era mayor que antes, por lo que se había acrecentado con los desertores de Girón. (14)

Habido esta victoria continuó este último su retirada por la costa hasta el puerto de Nasca, sin que nadie pensase en perseguirle. Detúvose en aquel punto bastante tiempo reorganizando su ejército, y formó una

(14) Ibid. pág. 331-336.—Herrera Hist. General, dec. 8, lib. 9, cap. 7-11, 11, 15.—Garcilaso, Com. Real., Parte 2, lib. 7, cap. 7-12.—Fernández, Hist. del Perú, Parte 2, lib. 2, cap. 32-35, 38.—Calancha, Crónica, lib. 1, cap. 29.

compañía con los muchos negros que tenía en su campo, nombrándoles de entre ellos mismos sus jefes y oficiales. En estas ocupaciones le dejaremos para ver las providencias que tomaba el Mariscal Alonso de Alvarado, para contribuir por su parte al término de la rebelión.

Ya hemos visto arriba que tan luego como llegó á su noticia lo ocurrido en el Cuzco, comenzó á reunir gente y á armarla para ir en socorro de los oidores. Por resultado de sus esfuerzos se vió muy pronto en la ciudad de Potosí al frente de unos ochocientos hombres, de las mejores tropas del Perú, muy provistos de todo y aderezados con grande lujo, cosa no muy extraña en aquella tierra de plata. (15) Con ellos se puso en marcha para el Cuzco pensando continuar hacia Lima. En el camino se le reunían sin cesar nuevos refuerzos, de manera que llevaba ya más de mil hombres cuando entró en la capital de los Incas el 30 de Marzo de 1554.

En ella recibió la noticia de la derrota de Villacuri, así como de los demás sucesos

[15] "Hallaronse setecientos y setenta y cinco hombres; de la mas buena y luzida gente; aasi de buenos soldados, armas y ricos vestidos, y de mucho seruicio que jamas se vio en el Peru. Que cierto mostraban bien baxar de la parte de aquel cerro; que de otro mas rico que el, en el mundo no se tiene noticia." Fernández, Hist. del Perú, Parte 2, lib. 2. cap. 41.

que dejamos referidos, lo que le obligó á variar su plan de operaciones. Sabiendo que Hernández estaba en Nasca, temió que si se veía amenazado podría correrse por la costa hasta Arequipa, y de allí dejando á un lado las fuerzas del Mariscal, meterse en la provincia de Charcas, donde hallaría recursos para sostener la guerra mucho tiempo. Firmemente resuelto Alvarado á que el enemigo no se le escapase, y no queriendo dejar á otro la gloria del vencimiento, salió del Cuzco tomando el camino de Parinacochas hacia la costa, aunque para llegar á aquel punto tenía que pasar el despoblado del mismo nombre, muy áspero, lleno de sierras y escabrosidades donde perdió un gran número de caballos, y padecieron mucho sus tropas por la falta de alimento y abrigo. (16) Salido del despoblado supo que Hernández había levantado también su campo y venía en busca suya, habiendo pasado iguales trabajos en la travesía. Por último se había situado en Chuinga á orillas del río Abancay, lugar de mal agüero para el Mariscal, y allí había elegido una posesión muy fuerte, á la que sólo se podía llegar por un largo y peligroso desfiladero, porque el río, unos barran-

[16] Fernández, Historia del Perú, Part. 2, lib. 2, cap. 42